



100% SOSTENIBLE
100% RESPONSABLES
100% COMPROMETIDOS

ASÍ HEMOS HECHO ESTE LIBRO



Salvo casos excepcionales, trabajamos con una empresa papelera que funciona con biocombustibles locales y se abastece de los bosques cercanos, que gestiona de forma estrictamente sostenible. Ha implantado voluntariamente el Reglamento de la Unión Europea de Ecogestión y Ecoauditoría, y WWF la considera una de las fábricas más sostenibles del mundo.



Allí fabrican el papel interior y exterior con el que se ha hecho este libro, con unas emisiones certificadas de 365 kg de CO₂: un 50 % menos que la media europea y un 75 % menos que la media española. En otras palabras: uno de los papeles más sostenibles del mercado (además de tener las certificaciones FSC, PEFC, ISO9001, ISO14001 y EU Ecolabel).



Uno de los mayores problemas ecológicos a la hora de fabricar papel (y de hacer libros) es el consumo de agua: la media europea está entre 10 y 15 litros por kilo según la European Environmental Agency. La fabricación del papel interior y exterior de este libro ha consumido sólo entre 3 y 4 litros.



Queremos eliminar todos los materiales de origen fósil de nuestros libros y de nuestro trabajo. Por eso este libro no está plastificado (si lo estuviera, su tirada habría consumido más de 500 m² de plástico).



El transporte del papel desde la empresa papelera hasta la imprenta se hace, en buena medida, en trenes de larga distancia, e imprimimos a menos de 300 km de nuestra oficina, todo lo cual nos permite reducir notablemente las emisiones contaminantes.



Una vez fabricados los libros, los envíos que dependen de nosotros se realizan mediante una mensajería ecológica: el 100 % de las recogidas y buena parte de las entregas se hacen andando o en bici. Para las entregas que no se pueden hacer sin medios motorizados hemos elegido a la mensajería con el plan de reducción de emisiones más ambicioso para 2025.



Toda la energía utilizada para editar este libro es 100 % energía verde renovable y certificada. Además proviene de una cooperativa de la que nuestra editorial es miembro, de modo que consumimos la energía que previamente producimos en instalaciones solares, eólicas o de biomasa.



Todos los recursos económicos utilizados para editar este libro estaban depositados en la banca ética, y allí llegarán también los beneficios (¡esperemos que los haya!). De este modo garantizamos que este dinero sólo revertirá sobre proyectos sostenibles, con un interés social, cultural y medioambiental, sin inversiones en la economía de las energías fósiles.

Si quieres más información sobre estas cuestiones puedes leer el apartado «Compromisos» de nuestra página web o escribirnos a info@erratanaturae.com.

LA ROSALÍA

ENSAYOS SOBRE EL BUEN QUERER

COORDINADO POR JORGE CARRIÓN

MARTHA ASUNCIÓN ALONSO • JAVIER BLÁNQUEZ • MARILENA DE CHIARA
MERY CUESTA • AGUSTÍN FERNÁNDEZ MALLO • BRUNO GALINDO
BERTA JIMÉNEZ LUESMA • REINALDO LADDAGA • ISABEL NAVARRO
PEDRO G. ROMERO • MARISOL SALANOVA • CRISTIAN SEGURA


errata naturae

Índice

PRIMERA EDICIÓN: marzo de 2021

© de los textos, sus autores

© Errata naturae editores, 2021

C/Sebastián Elcano 32, oficina 25

28012 Madrid

info@erratanaturae.com

www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-17800-72-7

DEPÓSITO LEGAL: M-4049-2021

CÓDIGO IBIC: DN

IMAGEN DE PORTADA: Mercedes de Bellar

MAQUETACIÓN: A. S.

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

EL FENÓMENO ROSALÍA Jorge Carrión	9
NO TOCARLA, LA ROSALÍA ES ASÍ Pedro G. Romero	23
NADA ES VERDAD, TODO ESTÁ PERMITIDO: SOBRE LA MEZCLA LIBRE DE ESTILOS EN <i>EL MAL QUERER</i> Javier Blánquez	53
HISTORIA INDUSTRIAL DE UN ÉXITO GLOBAL Bruno Galindo	69
LA <i>PERFORMANCE</i> SEGÚN ROSALÍA Marisol Salanova	89
MOSTRAR LAS UÑAS Reinaldo Laddaga	103

CAPAS DE PIEL. ROSALÍA Y EL LENGUAJE DE LA MODA Marilena De Chiara	111
ROSALÍA, POETA TUPÍ Martha Asunción Alonso	125
ROSALÍA, RITO SACRIFICIAL Agustín Fernández Mallo	145
SIETE FRAGMENTOS SOBRE LA IRA FEMENINA Y «HACER CUERPO» CON EL DESEO EN <i>EL MAL QUERER</i> Isabel Navarro	161
ROSALÍA, EL MAPA DE LOS ORÍGENES Cristian Segura	183
«CHÁNDAL, ORO Y MANTILLA». LAS CONEXIONES DE ROSALÍA CON EL UNIVERSO QUINQUI Y EL MITO DE LA JUVENTUD DE EXTRARRADIO Mery Cuesta	195
BONUS TRACK: DIEZ ARTISTAS DE LA (CON)FUSIÓN Berta Jiménez Luesma	215
ROSALÍA EN SUS PROPIAS PALABRAS (<i>REMIX</i>)	233
LOS AUTORES DE ESTE LIBRO	253

EL FENÓMENO ROSALÍA
Jorge Carrión

En vivo y en directo

¿Cómo es un concierto de Rosalía? Un concierto de Rosalía es un espacio de encuentro entre generaciones y clases sociales, donde las hijas bailan con sus madres, todo el mundo canta a voz en cuello «Malamente» y conviven las cajeras de supermercado con las economistas y los *influencers*, las polígonas de Sabadell con las pijas de Sant Cugat (porque su música suena «en el Palace y en el chino»). Un concierto de Rosalía es una explosión de poder corporal, que emana tanto de las piernas y las uñas y la voz de su protagonista como de las coreografías que, a su alrededor, van dibujando en el espacio las bailarinas que la acompañan. Un concierto de Rosalía es la fusión armónica de ritmos de procedencias muy distintas, el flamenco y las músicas urbanas, la rumba y los sampleos, que emergen de su garganta y encuentran abrigo y amplificación en las vocalistas que la secundan y en Pablo Díaz-Reixa (El Guincho), con su mesa y su percusión electrónicas. Un concierto de Rosalía es un tango entre el rojo y el negro, que son los colores de la combustión y

de la revolución. Un concierto de Rosalía es un estallido encadenado de fotos y mensajes y vídeos en las redes sociales. Un concierto de Rosalía es un *collage* dinámico, un espacio de encuentros de diversidades diversas.

Pero si tuviera que escoger una única respuesta a la pregunta sería ésta: un concierto de Rosalía es, sobre todo, la conversación de una artista con múltiples pantallas. El diálogo principal se da entre las enormes pantallas que la amplifican y las diminutas pantallas de los móviles de todos sus seguidores, que la fotografían y la graban o que iluminan el espacio convirtiendo los teléfonos en linternas o mecheros sin fuego, luz digital para ensanchar todavía más el foco de quien, para muchos, ya no es Rosalía ni La Rosalía, sino Diosalía. Pero me interesan en particular los diálogos secundarios. Entre canción y canción, mientras descansa, se proyecta de pronto un vídeo, grabado en el móvil, en el que ella ensaya un tema. Y, mientras canta su propia versión de «Te estoy amando locamente», de Las Grecas, en las pantallas se proyecta el WhatsApp de un teléfono móvil, que traduce la letra de la canción clásica al lenguaje de la viralidad contemporánea, sin acentos y con emoticonos. El fenómeno fan, el ensayo, la actuación y la representación doméstica y en redes sociales: en un concierto de Rosalía todo pasa por la comunión de un cuerpo y su voz con una sucesión infinita de superficies pixeladas.

Este evento, en el Palau Sant Jordi, a finales de 2019, es singular. Porque la cantante ha actuado por primera vez en uno de los escenarios más importantes de su ciudad y porque ha podido agradecer, personalmente y ante una multitud de testigos, todo lo que ha aprendido de sus maestros (como Chiqui de La Línea o Raül Refree). De ellos, de las escuelas a las que ha asistido, de los discos que ha escuchado y estudiado, de todos los conciertos anteriores que ha liderado, ha aprendido una artesanía clásica para domar su duende. Pero el fenómeno Rosalía no

hubiera existido si todo ese talento no se hubiera fusionado con otro tipo de conocimiento que ella ha adquirido por su cuenta, absorbiendo como una esponja o una aspiradora el espíritu de su época. Me refiero al conocimiento de lo viral, que es la energía que recorre la medula ósea de lo contemporáneo.

Lo clásico y lo viral

La primera foto de Rosalía en su cuenta de Instagram está fechada el 6 de octubre de 2013. En el suelo, junto a su perro, se ven varios discos de vinilo, en cuyas portadas leemos los nombres de Conchita Piquer, Rocío Jurado, Camarón de la Isla y Enrique Morente. El más visible de los álbumes es *Sacromonte*, en el que Morente, acompañado a la guitarra por Tomatito e Isidro Sanlúcar, rindió homenaje al barrio gitano de Granada. El disco se publicó en 1991, dos años antes de que naciera Rosalía Vila Tobella en Sant Esteve Sesrovires, un pueblo del área metropolitana de Barcelona. Sin embargo, cuando la cantante decidió contar su vida mediante imágenes en una red social empezó con una de ese disco. Ella, que es una nativa digital, sitúa un vinilo entre sus mitos de origen. Ella, que tenía una clara vocación de llegar a ser viral, reconoce su cordón umbilical con lo clásico.

Tal vez ninguno de los vídeos que ha protagonizado la artista reproduzca con tanta elocuencia su comodidad en esa tierra de nadie que une y separa la vanguardia del *mainstream* como el de «Suenen las Campanas», que ya ha superado los tres millones y medio de visualizaciones en YouTube. Invitados por Radio 3 y RTVE, Rosalía y Refree interpretaron la canción «Catalina» en el marco de la celebración en 2017 del ochenta aniversario de la obra de Picasso. Vestidos de blanco y negro y calzados con bambas, cada uno en su taburete, delante del cuadro más

importante del siglo xx, cantan el tema más emblemático del disco *Los Ángeles*, que es una versión de una partitura original del flamenco Manuel Vallejo. Dialogan con el siglo pasado, pues, tanto en la música como en la puesta en escena, con la voluntad de actualizar su legado en pleno siglo xxi.

Dice Damon Krukowski, en *The New Analog. Cómo escuchar y reconectarnos en el mundo digital*, que «lo analógico no es aquello que lo digital sustituye», sino lo contrario, «es quizá lo que debe sobrevivir en esa transición». Rosalía lo tiene claro. De los discos de vinilo a su presencia escénica, de la reivindicación de las palmas al acompañamiento de coros infantiles o de orquestas sinfónicas, de los selfis que muestran carne desnuda a la iconografía familiar de periferias urbanas, de esas uñas que recuerdan a las garras de Lobezno a la novela medieval *Flamenca*, que inspiró *El mal querer*, su obra maestra, lo físico, lo corporal, lo sólido, lo analógico están constantemente presentes en el mundo de Rosalía.

En 2015 Billie Eilish publicó en SoundCloud su canción «Ocean Eyes». Fue un gran éxito, que se multiplicó al año siguiente con la versión como vídeo musical para YouTube. A los quince años, como culminación de un proceso que había iniciado a los trece, lanzó en 2017 su disco *Don't Smile at Me*, producido por su hermano Finneas O'Connell. Mientras tanto, Bad Bunny trabajaba en un supermercado de Puerto Rico y producía sus propios temas de trap y los subía también a SoundCloud o a Instagram. También en 2017 dio un salto vertiginoso, que lo condujo de la noche a la mañana a la fama mundial. Son dos trayectorias paralelas a la de Rosalía, quien en estos momentos tiene cerca de dieciséis millones de seguidores en Instagram. Bad Bunny cuenta con más del doble; y Billie Eilish suma setenta y seis millones. Ese nuevo capitalismo de la influencia, esa aceleración radical de la velocidad de la fama, nos sitúa en un contexto volátil, vaporoso. Rosalía lo surfea gracias a la fuerza

de sus raíces. Lo clásico le permite aterrizar, anclarse en el suelo, no perder el norte por culpa de la circulación estratosférica, por vías de alta velocidad, de su imagen, de sus videoclips, de sus canciones, de sus fotos, de sus tuits, de sus premios, de sus éxitos, de sus polémicas.

Malamente y con altura, la música de Rosalía —que se reapropia de varios géneros y tendencias para crear su personalísimo estilo— ha hackeado el *mainstream* a través tanto de homenajes a grandes maestros del flamenco y de la canción lírica como de estrategias de contagio viral. Hace diez años el crítico musical Simon Reynolds constataba, alarmado, en *Retromanía. La adicción del pop a su propio pasado*, que la primera década de este siglo había estado dominada por lo retro y el remake, y se preguntaba «¿Dónde están los nuevos grandes géneros y las subculturas del siglo xxi?». Una respuesta posible se encontraría en los círculos creativos de los que se nutre Rosalía. En su lógica de la colaboración, el sampleo, el remix y la apropiación llevada al extremo. Un extremo que es nuevo, en el caso de Rosalía, pero que en realidad es una idea muy antigua, tan antigua como el propio arte.

El doble sistema creativo

Clásica y viral, flamenca y urbana, original en su remezcla de todo tipo de fuentes y combustibles, Rosalía ha generado dos constelaciones simultáneas, dos ecosistemas paralelos que constituyen la doble máquina de su producción creativa. Por un lado, un sistema de colaboraciones y talentos que trabajan en una frecuencia parecida, rosaliésca, pero con fidelidad a sus propias poéticas; por el otro, una red de objetos culturales vagamente identificados (fotos y *stories* de Instagram, *posts* en Facebook o vídeos en YouTube, Tik Tok y Genius) que cooperan

para amplificar el impacto de esas colaboraciones con otros artesanos y artistas, en la infoesfera y en las cada vez más poderosas redes sociales.

En un ensayo publicado en *Artforum*, Brian Eno definió en 1991 lo que él entendía por curaduría, que es «el gran trabajo de nuestro tiempo» y consiste en «la tarea de reevaluar, filtrar, digerir y conectar, todo a la vez», porque en una «época saturada de artefactos nuevos e información, el curador, el hacedor de conexiones, es quizá el nuevo narrador o *storyteller*, el nuevo meta-autor». Esa figura recorre el siglo xx. Los dadaístas, por ejemplo, se reivindicaban como montadores y no como artistas. Y André Breton, Marcel Duchamp o Jean Dubuffet fueron antólogos, comisarios de exposiciones y teóricos, además de artistas —si es que podemos separar esas facetas a estas alturas del partido, si no son manifestaciones convergentes en el conjunto del arte—. De los músicos de las últimas décadas que han ejercido como curadores artísticos e impulsores de proyectos transmedia destaca, entre tantos otros, una de las referencias más importantes para Rosalía: Björk.

Rosalía se sitúa en esa tradición de artistas que son el centro de gravitación —y de control— de proyectos complejos que implican a decenas de creadores. Sus obras son colaborativas en todos los niveles, desde la idea y la composición hasta la edición y el directo, pasando por el diseño gráfico, las coreografías, el estilismo o los videoclips. En *El mal querer*, por ejemplo, la música fue creada sobre todo por la propia Rosalía y El Guincho, pero la dramaturgia es obra de Ferran Echegaray, la coreografía es de Charm La'Donna, las directoras artísticas de los conciertos son Carlota Guerrero y Marta Armengol, el estilismo de Rosalía lo firma su hermana Pili, el psicodélico arte visual del disco físico es de Filip Custic, y en cada uno de los temas encontramos colaboraciones, voces, ediciones, detalles que vinculan el disco con diferentes galaxias e influencias. En una canción

el arreglo es de Jesús Bola, que trabajó para Camarón; en otra aparece la voz teatral de Rossy de Palma, que abre un hipervínculo con el cine de Pedro Almodóvar; de pronto hace un cameo sonoro Justin Timberlake o el coro es el Orfeo Català. Es un disco tan polifónico que en él hasta se escucha la voz de Rosalía sampleada: voces otras de sí misma.

Si ese tipo de ecosistemas los encontramos en artistas tan distintos como Madonna y Lady Gaga, o los mencionados Eno y Björk, es mucho más infrecuente la constelación de objetos culturales vagamente identificados que rodean y amplifican el fenómeno Rosalía. No se trata de un uso secundario de las redes sociales, orientado sólo a la difusión y la promoción, como ocurre en la mayor parte de los músicos contemporáneos, sino de una plataforma de diálogo con sus audiencias, que se confunde con la materia de la vida y de la creación. Rosalía ha sido adolescente en un mundo mediado por el teléfono móvil y ha madurado como artista frecuentando herramientas digitales. En su música conviven las bulerías que estudió escuchando a la Niña de los Peines con el sampleo de una frase oída por azar («Esto vamo a arrancarlo con altura»), las referencias constantes a Camarón con el sonido de la alerta de un nuevo WhatsApp, la métrica del octosílabo con las alusiones a brillar con *highlighter* y a subir *stories*, la voz y el Auto-Tune. Es, de nacimiento, doblemente bilingüe: catalán y castellano, analógica y digital, dos dimensiones de un mismo mundo, de una misma y esquizofrénica realidad.

Traficante entre fronteras, adicta a los cruces, bilingüe desde siempre, no es extraño que Rosalía haya protagonizado el que tal vez sea el *crossover* más relevante que jamás haya tenido lugar entre YouTube e Instagram. Con él la estrella incipiente destrozó la verticalidad que ha caracterizado la relación entre los artistas y sus críticos. YouTube e Instagram no son solamente sendas redes sociales o linajes algorítmicos, son sobre todo dos

campos culturales. Un artista *mainstream* de nuestra época no debe triunfar sólo en los conciertos, los festivales, las portadas de revista, los programas de televisión o Spotify; debe hacerlo también en esas dos plataformas —que no en vano pertenecen, respectivamente, a los dos grandes tecnogigantes, Google y Facebook—. Cuando el brillante youtuber musical Jaime Altozano publicó el 9 de noviembre de 2018 en su canal una video-reseña erudita, que combinaba la teoría y la práctica, de casi cuarenta minutos titulada «Lo que nadie está diciendo sobre *El mal querer*», no podía imaginar que un año y medio después sobrepasaría los cinco millones de reproducciones ni que la propia Rosalía le contestaría, un domingo por la tarde, a través de *stories* de su cuenta de Instagram.

Lo que hace la artista es un hábil ejercicio de doble discurso. Por un lado, agradece la lectura, que revela aspectos sobre su proyecto que nadie había visto, la comenta punto por punto y rebate algunos de los argumentos y opiniones de Altozano (dice, por ejemplo, que ella no ve en el disco ningún rastro de trap). Pero es más interesante lo que hace, simultáneamente y de modo muy sutil: construir un *making-of* de la obra que es, al mismo tiempo, un prolongado agradecimiento a todas las personas que la han hecho posible. Incluidos todos los millones de fans que, desde el otro lado de la pantalla, fuimos contribuyendo al impacto global de *El mal querer*.

Para muchos ese diálogo indirecto entre Jaime Altozano y Rosalía, entre la crítica y el arte, entre YouTube e Instagram, fue también una revelación: la artista es dueña tanto de duende como de ángel, tanto de creatividad como de discurso teórico. Por eso no es de extrañar que después de ese debut haya publicado vídeos en la web Genius —que se define como un espacio de «Letras de canciones y conocimiento»— en los que reconstruye el proceso creativo y las referencias de temas como «Aute Cuture» o «Con altura». En muchas entrevistas anteriores y

posteriores se refiere, como hace en la *story*, a sus obras como proyectos, habla de conceptos, insiste en que crear es investigar y deja claro que no cree en la figura romántica del artista como genio individual, sino en el creador como motor de su propio proyecto. «Soy músico ante todo, me he estado formando como músico durante diez años para llevar a cabo lo que llevo en la cabeza», dice en la *story* que, por supuesto, se convirtió rápidamente también en vídeo de YouTube. Y añade: «Siempre hay alguien que lidera el equipo, y en mi caso soy yo misma».

Sobre este libro

La cultura del siglo *xxi* se puede leer a través de otra tensión, paralela a la dicotomía entre lo clásico y lo viral: lo radical y lo radicante. Si el artista moderno regresa a las raíces, dice Nicolas Bourriaud en *Radicante*, el artista de nuestra época es sobre todo radial, desarraigado y radicante, un nómada estético que echa raíces temporales en diferentes puntos del globo, a medida que instala en ellos sus laboratorios y genera nuevas trayectorias y nuevas estrategias de traducción. Rosalía es, al mismo tiempo, radical y radicante. Por eso este libro empieza con sus raíces flamencas y acaba con una constelación de artistas que también están, como ella, haciendo dialogar los ritmos de sus orígenes respectivos con las nuevas músicas de la globalización.

Como la figura que lo ha inspirado, este proyecto también quiere ser una constelación de colaboraciones brillantes, un sistema de talentos periodísticos, reflexivos, poéticos y críticos. Abre el volumen el artista y flamencólogo Pedro G. Romero, colaborador habitual del bailarín Israel Galván y del cantante el Niño de Elche, que tiene un rol fundamental en la construcción del imaginario de Rosalía: él fue la persona que le regaló